

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

Discurso de D. Alejandro Pidal sobre la restauración católica

Por su palpitante actualidad y su reconocida importancia, reproducimos á continuación los principales períodos del elocuentísimo discurso con que el ilustre orador católico D. Alejandro Pidal y Mon contestó á D. Damián Isern en el solemne acto de la recepción de este doctor publicista en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Refiriéndose al periodismo, decía el Sr. Pidal:

«Y yo, que puedo atestiguar con el testimonio unánime de la prensa periódica, que nunca ha mendigado sus complacencias: yo, que puedo, con relación á la prensa, decir de mi pluma lo que el gran poeta italiano decía de sí: *Vergin di servo encomio e di codardo oltragio*, puedo decir en la ocasión presente que ninguna otra institución moderna ha preocupado más mi ánimo, ni ha solicitado más mi atención, ni ha estimulado más mi discurso que esta tremenda fuerza social que Dios ha suscitado en nuestros días, como el gran explosivo moral de la sociedad contemporánea.

¿A qué repetir públicamente aquí lo que todos nos estamos diciendo todos los días? Desde la encomiástica frase de «cuarto poder», hasta la depresiva de «tiranía de *perro chico*»; desde los altisonantes epítetos, como el de «sacerdote de la opinión», hasta los más infamantes, como el de «envenenadores públicos», no hay oda heróica ni sátira feroz que no se haya prodigado á estas modernas lenguas de la sociedad que, á semejanza de las de Esopo, se pueden presentar simultáneamente como acabado ejemplo de lo mejor y de lo peor de todo lo que se agita en el mundo.

Seamos francos una vez; todos, incluso los mismos periodistas, hemos abominado de la prensa, y todos, aun los más refractarios, la hemos servido, ó nos hemos servido de ella en

nuestras necesidades sociales. Todos, todos la hemos maldecido por sus abusos, y la hemos utilizado por necesidad. Yo, que repito no la he adulado en la vida, lo digo muy alto aquí, la odio y la amo á la vez. La odio, porque nada más vil que la prensa puesta al servicio de la mentira y del mal; la amo, porque nada más útil que la prensa puesta al servicio de la verdad y del bien. Y no se crea que al clasificarla así aluda á la prensa de determinadas escuelas y partidos, porque tal vez, obedeciendo la ley que consignaron los antiguos en aquellas conocidas palabras *corruptio optima pesima*, he hallado yo casi superado el ideal de la maldad periodística en periódicos que ostentaban á su cabeza la cruz, seguramente con el fin de colocar detrás de ella con más comodidades al diablo.

Pero si todos hemos de convenir en que la prensa periódica, sea buena ó sea mala en sí, séalo sólo según el uso que se haga de su poder, es una fuerza social de empuje incontrastable; si comparándola en lo moral con la dinamita en lo físico, lo mismo puede servir para demoler una ciudad que para abrir un camino, ó para explotar una mina, á nadie podrá extrañar que, abominando como el que más de sus extravíos, sea yo de la opinión de aquel pensador católico que condensaba su parecer sobre la conducta de los católicos con la prensa, asegurando que si San Pablo resucitase hoy, se metería periodista; opinión cuyo desarrollo práctico he visto mantener á un respetable sacerdote, que sólo veía remedio á los males presentes de la sociedad en una orden religiosa de periodistas, y cuya fórmula autorizada acabo de ver en un diario de gran circulación, donde un ilustre prelado de la Iglesia española no se ha ocultado para estampar las siguientes palabras: «Cuando la sangre de Jesucristo regene-re la prensa periódica, resucitará la sociedad á la vida feliz.-- *Fray Tomás*, obispo de Salamanca.»

Véase ahora algunos períodos en que el Sr. Pidal indica la marcha de la sociedad contemporánea.

«Todos conocéis el admirable movimiento de restauración religiosa que presenciarnos. A despecho, y cuando menos á espaldas de los elementos oficiosos del catolicismo, que se creían los protectores natos de la religión y se daban aires de divinos repartiendo excomuniones y profecías, Dios, que no necesita de nadie para obrar, en medio de las más despobladas soledades y á través de las más irreparables ruinas, ha hecho circular un vientecillo sobre natural, una como brisa del cielo que, refrescando los corazones de una sociedad desengañada, ha hecho germinar de nuevo en ellos las flores siempre vivas de la esperanza y la caridad.

El volteriano empedernido, olvidado por la misericordia de Dios entre las generaciones que se suceden, oye con espanto á

sus nietos proferir palabras y oraciones que él creía definitivamente borradas del diccionario de la humanidad por la sonrisa corrosiva de Voltaire, y mira atónito poblarse de hábitos «de todos colores» los reedificados monasterios que incendió la tea revolucionaria, y saqueó la codicia economista, y demolió la barbarie iconoclasta, y regó con sangre de mártires el odio del sectario.

El regalista incorregible que creyó que la religión sólo podía prosperar á la sombra, al arrimo y bajo la tutela del trono, y utilizada como *instrumentum regni*, por el trono mismo, que hasta la podía arrojar como presa á las pasiones demagógicas, no vuelve en sí de su asombro al ver que, rota la alianza del trono y del altar, el altar se levanta sobre los escombros del trono, y cuando el diluvio cesa y las aguas recobran su nivel, lo primero que asoman son las cruces, y sólo en tanto que las mantuvo unidas y apretadas la cruz dejaron de deshacerse algunas coronas, mientras otras se disolvieron en la tempestad y fueron arrebatadas por la corriente.

El burgués acomodado y egcista que creyó asegurado su porvenir apuntalando el Tesoro con los escombros de la Iglesia, se sobrecoge asustado al oír en el dintel de su propio hogar estallar la bomba del anarquista, y al ver lo ineficaz de la policia, de la justicia y de la ley, para enfrenar la fiera engendrada por sus doctrinas, estimulada por su ejemplo y armada por su estupidez, saluda con corazón efusivo la aurora del nuevo día en que Dios aplaque con el rocío de su gracia el odio encendido en el corazón ulcerado de las clases desheredadas.

El sabio que desdeñó los dogmas y las instituciones y las prácticas de la religión como mitos y como supersticiones indignas ó innecesarias, por lo menos, para la fácil, cómoda elegante y amena espiritualidad de sus sistemas armónicos y humanitarios, creyendo que á medida de su razón se mantendría sin concluir la razón lógica de los otros, recibe ya sin temor y ¿por qué no decirlo? con júbilo los salvadores refuerzos que á los últimos destellos del espiritualismo moribundo aporta el torrente de luz y de calor que irradian de las verdades cristianas y comienza ya á comprender la ineficacia de toda opinión individual para someter los apetitos de los más á la conveniencia de los menos.

Y el hijo del pueblo, el obrero manual, el eterno explotado por los que le adulan, cansado de servir de carne de cañón en la barricada y de escabel á la ambición agena, fatigado de verse engañado por el seductor que le presenta como verdugo al sacerdote para hacerle víctima de sus tiranías sectarias, empieza á oír; más que oír, á ver; más que á ver, á tocar, que esa religión que le presentaron como su mortal enemiga, es la única que, á despecho de toda blasfemia y de toda atrocidad, vuelve amorosa sus ojos sobre sus miserias, vierte compasiva su llanto sobre

sus dolores, unge caritativa con su bálsamo sus llagas y le toma sobre sus hombros, apretándole con sus brazos contra su corazón, para consolar sus tristezas sobre la tierra y llevarla á sus alegrías sobre los cielos.

No es esto decir que la impiedad haya retrocedido en su obra de descristianización de la sociedad, de secularización de la vida y de ateocratización en todos los órdenes conocidos: antes bien puede decirse que nunca como hoy se esfuerza en sacar las últimas y más prácticas consecuencias de sus eternas negaciones, sino que sucede hoy algo que nos recuerda lo que bajo el velo alegórico de la figura sucedía con los cautivos de Israel entre los muros de Babilonia. Mientras los judíos carnales esperaban la restauración de su ciudad y de su templo hecha á caballo por el vencedor entre los esplendores del triunfo, el profeta del Lago de los Leones recibía del cielo la predicción de que el templo sería restaurado como la ciudad, por donde y como menos se esperaba, entre los peligros de la lucha y las angustias de los tiempos: *angustia temporam*, como dicen las Escrituras.

Y entre esas angustias nos hallamos: toca hoy sus últimos límites la impiedad en Religión, en Filosofía, en Derecho, en Política, en Economía, en Historia, en Arte y en Literatura, en todos los órdenes de la vida social. Ni uno sólo de los antiguos murallones que antes protegían á la cristiandad se halla en pie. El diluvio ha reducido sus fundamentos, y las aguas corren como por interminables llanuras por encima de las cúspides de los montes más elevados, puestos por la Naturaleza y por Dios como linderos infranqueables entre la vida y la muerte..., y, sin embargo... aquella Arca que, á semejanza de la de Noé, saludaba llena de esperanzas el ilustre orador cristiano, flotando sobre las aguas del diluvio de la democracia moderna, y que se creía naufragada ya para siempre porque la ocultó á nuestra vista una ola mayor que las demás, vuelve á aparecer en el horizonte, y los naufragos, errantes entre los orrores del abismo, pueden contemplar en su centro, puesta la mano en el timón, la figura del Pontífice venerable que hace navegar con su hábil serenidad, señora de los vientos y de las ondas, la barca insumergible de Pedro.

Grande, sublime, magnífica, esplendorosa por demás es la obra de este Pontífice, suscitado inesperadamente por Dios en los días críticos que atravesamos; ella justificará á los ojos de la posteridad y de la historia el lema profético que le designó antes de aparecer en el mundo «como luz venida del cielo para iluminar á los hombres». Pero si grande es esta obra del Pontífice León XIII, grande y consoladora para todos, ¿que no lo será para aquellos que tuvieron la dicha de presentirla, de inaugurarla, por decirlo así, en su modestísima esfera, de ser como los pre-

cursores inconscientes de este Vicario de Cristo que corona con sus éxitos y su autoridad sus humildes indicaciones?

Hubo unos locos, furiosos por más señas, es cierto, que creyeron que mediante la guillotina se podía cortar por el patrón pseudo clásico de sus pedanterías de colegio á una Nación contemporánea. Lo que cortaron fueron sus propias cabezas al fin, y ésta fué la única cosa cuerda que hicieron. Si otros locos pudiesen llegar á fundar una inquisición, serían cosa de ver sus luchas por arrojarse mutuamente en la hoguera.

Las fuerzas católicas de la sociedad que se aíslan y se apartan de la vida real son astros que giran fuera de la órbita de nuestro planeta; por grande y magestuosa que sea su proyección no influirá para nada en los destinos de la tierra; para ejercer influencia y para dar impulso y para dejar huella en la realidad, hay que estar en contacto con ella, y de nada le hubiera servido á Miguel Angel su maravilloso cincel si lo hubiera tenido apartado eternamente de la piedra ó del mármol que estaba destinado á inmortalizar. Cualquiera fuerza individual, por mezquina y por pasajera que sea, tendrá más fuerza que ellas, porque obrará sobre la realidad... y su ausencia, su retraimiento de la acción será sólo una fuerza negativa... en cuanto priva de ideas, de norte, de rumbo y de dirección á las fuerzas conservadoras.

Por eso lo que es en Italia una arma suprema de destrucción, de tiránicas usurpaciones que amenazan la vida libre de la Iglesia, es en las demás partes un delito de lesa sociedad que hace cómplices de la revolución á los elementos cristianos.

Se nos dice que la vida real es también la vida contra el Estado, y á eso ¿qué podríamos contestar? ¿Cómo lograr hacerse entender de los que llaman vida á la muerte?

¡Qué muerte es, olvidando todas las prescripciones del derecho, natural que no prescriben ni en el momento heroico del martirio, erigirse en paria de la sociedad, declararla guerra perpetua por lo impotente, condenar por faccioso á la esterilidad todo esfuerzo en aras de la verdad y del bien y renunciar á penetrar en el puerto dando bordadas, porque es imposible penetrar en él en contra de los vientos y de las olas!

Para fundar y propalar tamañas aseveraciones, fuerza es erigirse en Pontífice universal de toda clase de aberraciones y absurdos, cooperando, aunque por opuesta manera, al logro de la impiedad, no sólo en cuanto priva de combatientes á la causa de la verdad, sino en cuanto justifica, al obrar así, sus más injustas

...na, plagiando á la impiedad antigua, había logrado...ismo una abominación denunciada al odio del género...erzos de todos los apologistas católicos se encan...lo falso y ridiculo de

tales imputaciones. Los esfuerzos de los apologistas de hoy, á que nos vamos refiriendo, se encaminan, por el revés, á hacer gala de todas ellas. En su entusiasmo guerrero, recogieron la acusación como un guante, y se revistieron con él la mano con que esgrimían la pluma. Lo que era infame caricatura hecha en escarnio y para difamación, lo aclamaron como retrato y se pavonearon con él, y fué preciso que la Iglesia, volviendo por los fueros de la verdad, restableciera el eterno sentido de sus salvadoras doctrinas, merced á las cuales el católico de la edad moderna, como el cristiano de las primeras edades, no necesita abominar de la razón para ensalzar á la fe, no necesita trastornar el orden civil para establecer el orden religioso, no necesita destruir la naturaleza para perfeccionarla con la gracia, no necesita convertirse en anarquista internacional para brillar con la práctica de todas las perfecciones cristianas, bastándole, para atraer y convertir y redimir al mundo, una cruz, sin añadirle los privilegios de ningún régimen, los títulos hereditarios de ningún pretendiente, ni menos las listas de suscripción de ningún periódico.

En eso se diferencia después de todo la gran civilización europea de toda civilización oriental, y de toda barbarie occidental, y de todo salvajismo humano: en un ideal permanente, en una aspiración constante al ideal, en una adaptación inteligente á los medios adecuados para realizarlo. Ahora bién; para que este ideal, para que esta aspiración y para que ésta adaptación no degeneren y se corrompan ó disipen, es indispensable la autoridad viva, el custodio fiel, el propulsor diligente de la verdad, secundado y obedecido. Sólo con esta condición se verifica el progreso, sólo con esta condición se libran las sociedades de la inmovilidad oriental ó de la decadencia occidental que señala la filosofía de la historia en el mundo.

Y cuando el supremo director de los intereses cristianos, colocado en lo alto del observatorio natural que su misma posición le ofrece, y después de recorrer con lenta y penetrante mirada todos los ámbitos de la tierra, tras larga y serena meditación, implorados los auxilios divinos, señala un rumbo y una dirección, de acuerdo con las grandes tradiciones cristianas, á las fuerzas vivas de la Cristiandad, ¿no es hacer acto de revolución retropulsiva, de inmovilidad estacionaria, de decadencia salvaje, anteponer sus odios ó prevenciones personales, su juicio ó interés particular, ó sus individuales caprichos, á la desición de la autoridad y á la armonía de los organismos sociales?

Por fortuna, toda tentativa de rebelión está condenada al fracaso por su providencial impotencia. La fuerza moral del Pontificado tiene en su apoyo la fuerza natural de las cosas. Las banderías pasarán como sombras, y sus gritos se perderán como ruidos confusos en el espacio ante la marcha ordenada y univer-

sal de los ejércitos regulares del catolicismo. El problema social llama muy alto y muy fuerte á nuestros oídos, para que nos dediquemos á escuchar las lucubraciones fantásticas sobre los equívocos del liberalismo. El problema económico nos apremia con demasiada urgencia y necesidad, para que olvidemos las instancias de la competencia internacional en la lucha por la vida de las Naciones y continentes, ante cuestiones de familia. La conciencia social ha formado ya su composición de lugar, su juicio y su criterio sobre toda clase de escuelas y de partidos, y por encima de todas las voces aisladas de los intereses particulares resuena imponente la voz de trueno de la realidad, que es el eco de la voz augusta de Dios que llama á la unidad de los pueblos, y ante el solemne desfilar de las instituciones y de las gentes que, emplazadas por los nuevos problemas, evolucionan bajo la altísima dirección del supremo organizador de todas las sociedades, se pierden ó se desdennan por lo imperceptibles ó ineficaces, las interminables protestas, que, como monótona cantinela, arrullan el sueño intelectual del oráculo que las formuló, á manera de superticioso conjuro.

Así, pues, saludemos en el Sr. Isern, antes que todo, uno de los soldados de fila de la vanguardia de la Iglesia, que marcha á la pacificación del universo, al grito de: «gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad». Saludemos en él al héroe oscuro del periodismo, que condena á ruda y anónima labor sus más pertinaces esfuerzos. Saludemos al incansable apóstol de la verdad religiosa, que busca en la prensa la formidable palanca con que impulsar al mundo por el camino de la verdad y del bien. Saludemos al hijo sumiso y fiel que oye y secunda las enseñanzas de su madre en vez de abrogarse su dirección, ó de contrariar sus designios, ó dedicarse á la ingrata tarea de torcer y desfigurar eternamente su palabra.

Y al saludarle á él, no olvidemos que en él saludamos á su antecesor, al inolvidable fraile Dominicó, al gran filósofo español que no podrá menos de ver alegre desde el cielo, que al despojar del fúnebre crespón el sitial en que tomó asiento en la Academia, lo hacemos para que le suceda en él un hermano suyo en religión, un discípulo suyo en filosofía, uno de los porta-estandartes, al fin, de aquella santa cuanto calumniada *Unión Católica* que nació bajo su inspiración, con su dirección y con su aplauso, y en la que sólo veía el remedio á los males de la religión y á las desdichas de la Patria.

Porque hubo un día, que yo no podré olvidar aunque viva siglos sobre la tierra, en que con su mirada caudal abarcó los horizontes del porvenir de la Iglesia y de la nación española, sintetizó en dos palabras (prodigios de condensación de que eran tan avaros sus labios) la fórmula de nuestro estado social, levantó nerviosa y rígidamente su mano señalando imperiosamente el

camino..., y después, alzando los hombros con aquel gesto de austeridad habitual, sumiendo entre ellos como agobiada su cabeza y lanzando centellas de vivísima luz por sus dos ojos entreabiertos... me predijo el *misterio de iniquidad* de que sería víctima la *Unión Católica*, la resultante de mi labor en las realidades de la vida, las evoluciones respectivas de las distintas fuerzas religiosas, el itinerario, en suma, de mis jornadas de soldado de la verdad, en pos de la victoria de mi bandera.

Cuando el Sr. Isern se lamentaba, al terminar su discurso, de que el Padre Zeferino no hubiese dejado escrito el tratado de aplicación de la política cristiana á la España de nuestros días, surgía como una evocación ante mis ojos la ástera y sombría figura del religioso español en aquel momento sublime, cuando interrogándole yo sobre las consecuencias irreducibles del estudio de las causas de la decadencia de la Nación Española, y de los remedios para devolverle su paz, su gloria y su grandeza, dejó caer confundidos al suelo todos los programas, credos y fórmulas políticas de las distintas escuelas y partidos que blasonaban, como modernos arbitristas, de poseer la panacea religiosa política y social en sus instituciones y en sus hombres, y elevando sus ojos al Crucifijo que, presidiendo los oráculos de la razón humana, pendía en las desnudas paredes de su celda, pronunció con acento reconcentrado y profundo aquellas inebles palabras: *Querite primum regnum dei et justiciam ejus et hec omnia adjicientur vobis.* Lo que aplicado en la política española con el eterno imperativo de la prodencia, era todo un *programa de principios, de fines y hasta de procedimientos.*

LA CAMPANA DE HUESCA

I

En la primera crónica aragonesa, escrita según todos los cálculos á mediados del siglo XIV, se cuenta que el Rey D. Ramiro II el Monje, harto de las burlas que le hacían los nobles y de las revueltas con que de ordinario alborotaban el reino, envió un mensajero á su abad, el de San Ponce de Tomeras, en demanda de consejo y que el abad entrando en el huerto con el enviado cortaba las hierbas más altas y despachó al embajador con orden de referir lo que había visto.

El consejo fué comprendido: Ramiro II reunió Cortes en Huesca en 1136, con el fin de someter á la deliberación de sus vasallos la idea de fundir una campana que se oyera en todo el reino y acudiendo los revoltosos con ánimo de hallar materia de nuevas burlas, fueron muertos quince de los principales.

Así relataba el hecho la crónica de San Juan de la Peña y así

narrado, es tenido casi unánimemente por fabuloso. El diligente académico Traggia en su Ilustración al reinado de Ramiro II demuestra plenamente su falsedad (1).

Las tradiciones para ser verdaderas han de arrancar de la época misma del suceso y esta nació doscientos años más tarde: ninguno de los historiadores castellanos contemporáneos ó cercanos á ese tiempo dicen una palabra de ella, cuando hablan no poco de otros asuntos aragoneses: ni la Compostelana, obra de los serviles aduladores de Gelmirez, enemigo capital de Aragón y sus reyes, ni el anónimo de Sahagun, ni la crónica de Alfonso VII, inspirada en el más fuerte odio contra Alfonso I y su hermano; y todos estos lejos de callar por no interesarles nuestras glorias, suponiendo que la Campana de Huesca lo sea, hubieran puesto empeño en aumentar el horror de la matanza, no diciendo, si era necesario, la causa del hecho para lanzar nuevas calumnias contra los reyes de Aragón. Pero el deseo del hermano del que ganó á Zaragoza salió fallido; el eco de su campana no llegó ni á Navarra, ni á Toledo, ni á Sahagun, ni á Santiago y si en Aragón dió sonidos lúgubres, allí hubiera sonado á fiesta.

En aquella época no vivía más que uno de los quince que se dicen fueron muertos ó á lo más dos, un Azlor y un Lizana (2); los otros ó no existían ó no llevaban el nombre que la crónica les da; alguno recita en el mismo reinado pero al fin, en los documentos de cesión del reino al Conde catalán, cuando la campana había dado ya sus repiques.

El silencio de las partes agraviadas después de la catástrofe, lo impolitico de enemistarse en circunstancias tan criticas con las familias más poderosas y el carácter del monarca, que aunque supiera montar á caballo, no demostraba con eso, según pretende un escritor de hoy, firmeza de alma, prueban de un modo indirecto que la campana es una calumnia levantada al pacífico rey y que ha perpetuado la simpatía con que se ven siempre esos actos de virilidad.

El cuento no es original: Zurita dice que el mismo consejo, que el abad de San Ponce de Tomeras dió al rey Ramiro, dieron Trasibulo Milesio á Periandro, tirano de Corinto y Tarquino á su hijo Sexto.

El historiador D. Rodrigo, navarro y educado en el mismo siglo XII, no dice nada del suceso: los anales toledanos (primeros) consignan que el año 1136 fueron muertos los potentados en Huesca y esta es la única crónica antigua en donde se halla alusión á este suceso.

(1) *Memorias de la Academia de la Historia*, tomo III.

(2) Traggia no encontró citado más que Miguel de Azlor; en 1134 vivía también un Pedro de Lizana. *Archivo de la Corona de Aragón*, perg. 7 de R. B. IV.

Zurita cree que hubo matanza, pero no como se dice ni por lo que se dice, sino que estos caballeros fueron puestos en rehenes con pena de la vida ó se les confiaron las tenencias de algunos castillos, que habían de entregar y se ejecutó en sus personas el rigor de la ley.

Los dos que mejor han tratado las cosas de Aragón en nuestros días D. Tomás Ximénez de Embum y D. Vicente de la Fuente, son de la opinión de Zurita, afirmando el primero que hay motivos fundadísimos para creer que la tradición fué hija de algo y el segundo, en su pintoresco estilo, que si no hubo campana, sí *campanada*. Fúndanse en el dicho de los anales toledanos y en consideraciones históricas de más vuelo: la proclamación del rey Monje no fué tan unánime que no levantara protestas: se sabe que Arnaldo de Alascun, sublevado contra Ramiro, fué expulsado por fuerza de un castillo en donde proclamó otro rey «muy bien pudo suceder, que rebelados algunos señores poderosos contra el rey, éste los mandara ejecutar» y nacer de aquí la tradición (1).

Nada induce á creer que el Arnaldo tuviera secuaces en el reino, mas la proximidad de Navarra hace sospechar que García Ramírez no era extraño al movimiento. El espíritu nacional se rebeló contra el rey de Castilla, pero no contra el navarro, con el cual le unian muchos lazos y que hasta podía alegar razones de familia para pretender el trono aragonés.

Pero este rebelde, el único de quien se sabe proclamó otro rey en competencia con el Monje, ni fué uno de los muertos, ni perdió sus honores: en 1160, veinticuatro años más tarde aparece señor de Bolea (2) villa entonces muy importante. Diráse que pudo escapar y volver más tarde él ó algún hijo, pero la repatriación después del castigo de sus colegas, si el sublevarse fué la causa de la campanada, hubiera traído sobre él la infamia ó por lo menos el olvido.

En cuanto á los anales toledanos el ser único su testimonio afirmativo contra tantas pruebas negativas y la dificultad de creer que lo que fué público y notorio para su ignorado autor fuese desconocido para el arzobispo y otros historiadores aun más próximos, quita crédito á su noticia.

De todos modos conviéndose unánimemente en que la tradición, es falsa: solo un escritor de nuestros días se pone de un modo franco enfrente de Traggia, Zurita, Ximénez de Embum y Lafuente afirmando «que fué cierto el hecho que la tradición ha conservado con el nombre de la Campana de Huesca» pero las pruebas alegadas son de aquellas, que hoy que no se escribe la historia bajo

(1) Ximénez de Embum. *Ensayo histórico acerca de los orígenes de Aragón y Navarra*. Apéndice G., pág. 254.

(2) *Archivo de la Corona de Aragón*, perg. 341 de Ramón Berenguer IV.

palabra de honor, no pasan: el «lo dice fulano, si fulano no dice de donde lo supo», es argumento que no convence: en historia no tienen autoridad, novelistas, poetas y pintores porque *pictoribus, acque poetis*, etc., y citando nombres de personas que dicen que pasó así, muchas de las cuales no lo creían, se prueba la sucesión de la tradición desde la primera mitad del siglo XIV, hasta que Alfonso XII puso la primera piedra en Huesca en el ferrocarril de Canfranc pero no la tradición misma (1).

Y así está el pleito: de un lado Traggia al frente de los que niegan verdad á la Campana, de otro los que afirman lo contrario y entre ambas partes la autoridad de Zurita, Ximénez de Embum y Lafuente negando la campana y afirmando la *campanada*.

II

Negada totalmente la tradición ó admitida solo la *campanada* queda un punto difícil que averiguar: porqué y para qué se intercaló en la Crónica pinatense tal anécdota. La persuasión de que no fué un capricho, un episodio ameno, engendró la opinión intermedia, que se apoyó además en los anales toledanos: «hay motivos fundadísimos para creer que fué hija de algo» dice Ximénez de Embum, y efectivamente no se concibe mentir por el placer de mentir, pero este algo, que buscado en los sucesos del año 1136 no parece, tal vez se halle en los que ocurrieron al fin del siglo XIII y principios del XIV.

¿La leyenda fué inventada con un fin político?

La vida del cronista corrió en el período más revolucionario de Aragón: casi pudo ser testigo de la Unión contra Jaime I, de la lucha contra Pedro III y seguramente que asistió á todo el desdichado y anárquico gobierno de Alfonso III. El ferviente monarquismo de gran parte del país debió ver con horror tantas conspiraciones, revueltas y luchas sin causa ni motivo, no ya legítimo pero ni siquiera excusable: contra Pedro III se unieron los aragoneses en defensa de sus privilegios y libertades y como protesta á la política aventurera del soberano, que los llevaba lejos de su tierra y pedir nuevos impuestos y sacrificios por adquirir un título más; mas en tiempo de Alfonso III fué injusta y resultado de mezquinas ambiciones y así resultó más revolucionaria y anárquica que la primera: quejábanse de que Alfonso se titulaba rey antes de ser jurado y ni el fuero ni la costumbre le impedían hacerlo: el fuero no existía y el precedente de su padre no constituía ley; los mismos unidos, confesando implícitamente su falta, no sabían cómo llamarle en sus cartas, pareciéndoles

(1) El autor á quien aludo, catedrático de una Universidad, pone como argumento final unos versos, que ni son versos ni verdad, que los oscenses dedicaron al rey Don Alfonso con ese motivo: ¡valiente prueba histórica!

rey, mucho ó infante poco. Por esta causa tan baladí apellidaron unión.

Fué jurado Alfonso y desapareció aquella causa, pero no tardaron en suscitar otros que dieron origen á nueva unión: pidieron que el Rey arreglase su casa y entendiase por arreglo despedir á los que pregonaban que andaban mal las cosas: «Zurita dice que no buscaban el bien público sino tener más parte y lugar en la gracia y favor del rey» y que en las cortes de Huesca de 1286 trataban de hacer de lo general un hecho propio.

Comenzó un periodo desdichadísimo en la historia de Aragón y sumamente embrollado: unidos contra el rey, nobles entre sí y con municipios, todos peleaban sin idea fija y el pillaje y la anarquía eran los dueños del país. Alfonso débil casi siempre hizo realmente una campana con doce ciudadanos de Tarazona y aquella inoportuna energía aumentó la discordia: entonces se pensó en dar obediencia á Carlos de Valois y atemorizado accedió á todo y renació la calma.

Gran culpa cabe á los Unidos, que no fueron sólo nobles, de aquella serie de desastres pero no está libre de mácula el hijo de Pedro el Grande: Alfonso III más enérgico hubiera anticipado más de un siglo lo de Epila para bien del reino pero débil é irresoluto convocó cuantas Cortes le pidieron solicitó la paz de los rebeldes, concedió todo y otorgó los famosos Privilegios de la Unión, que ponían la tranquilidad pública en manos de cuatro revoltosos.

Casi la primera tarea de Jaime II en Aragón fué concordar los bandos entre los ricos hombres y si en su largo reinado no hubo conmociones debióse más que al cansancio y honradez política de los unidos á la energía y temperamento del monarca.

El monje de San Juan de la Peña es enemigo de la Unión en este reinado: según él la primera vez que la usaron los aragoneses fué en el reinado de Pedro III, hácelo constar así como si se tratara de un hecho extraordinario sobre el cual ha de insistir y añade que de ella nacieron muchos escándalos y males (1) advierte en dos lugares distintos que Alfonso III aprobó la Unión por fuerza (2) y califica de terribles y desordenadas cosas á las peticiones de los Unidos (3).

No describe los acontecimientos de la Unión habida en los comienzos del reinado de Jaime II, pero al final del capítulo dedicado á este rey nota que si fué aquella revolución de pocos

(1) Et aquesta fué la primera unión que aragoneses començaron por la qual cosa muytos scandalos et males sende siguieron. *Crónica de San Juan de la Peña*, edición de Zaragoza de 1876, pág. 199.

(2) *Crón.* pág. 203 y 204.

(3) *Crón.* ibidem.

alcances fué debido á la prudencia de Jaime (1). En tiempo del sucesor de éste no había para qué nombrarla, pues que ni poco ni mucho sonó la Unión, pero el bueno del cronista ya que no su existencia consignó su falta, desprendiéndose de sus palabras que las causas de la Unión fueron meramente personales (2).

Esta enemistad del autor de la Crónica con la Unión no es preconcebida: el historiador condena lo injusto de la segunda, pero se muestra partidario de la primera; movióse ésta contra Pedro III porque «el dito rey Don Pedro non catava privilegios, libertads et fueros» y terminó porque «el dito rey Don Pedro juróles et confirmóles lo que justament demandaron».

El objeto era atemorizar á los rebeldes y animar á los reyes; no se sabía nada del tiempo pasado y sin embargo citábanse por los Unidos costumbres viejas: el cronista presentó también precedente: para él el origen de tantas calamidades estaba en las personas, no en las ideas; muertos los cabecillas, muerta la insurrección, sino hubo motines en el reinado de Alfonso IV fué porque los jefes «quaxi eran muertos» y para el pueblo de entonces el remedio estaría en aquellos procedimientos extremos. Intercalando en su historia la anécdota decía á los nobles que podían encontrarse en su camino con un nuevo rey Monje y á los reyes que el medio de acallar revueltas lo había encontrado uno de sus antepasados decapitando á 15 de los principales.

La leyenda prosperó porque aparte de que en las multitudes siempre alcanza éxito la energía con los poderosos y no es otro el origen de la diferencia entre el Pedro I de Castilla tradicional y el Pedro I histórico, el inventor supo presentarla bien: el rey y el reino ofendidos, el primero con apodos infamantes, el segundo con las revueltas que lo arruinaban; los medios pacíficos eran impotentes para contener el mal, hubo de apelarse al medio sangriento, á que se apeló, pero único capaz de pacificar la tierra.

Alfonso III sino fué insultado en su persona, lo fué como rey que á tanto equivalía hacerle firmar el privilegio de la Unión, abdicación en regla, que los Unidos podían hacer valer cuando quisieran: el reino entregado á la guerra civil y al pillaje hasta tal

(1) Et aquesti rey Don Jaime de Aragón fué muyt savio varón. Assique la unión que en tiempo del rey Don Pedro se era feyta et continuada en tiempo del rey Don Alfonso su hermano et encara en el tiempo ó començamiento del dito rey Don Jaime su gran savieza fizo fer á sus vasallos exolvirla. Por la qual cosa hubo paz et amor entre sus gents en toda su vida. *Crón.* pág. 241.

(2) Es verdad empero que la unión que en tiempo de los predecesores de aquesti rey era movida et sucedida jamás en tiempo de aquesti rey nos movió ni se suscitó. Si quier se fues por la grant savieza de su padre el rey Don Jaime quí con buenas et bellas mannas la apoyó si quier por la grant benignidad de aquesti rey Don Alfonso que res de lurs privilegios ni libertades no les crebantó. Et encara que aquellos que fueron movedores de la unión quaxi eran muertos. *Crón.* pág. 244.

punto que los mismos nobles firmantes de la Unión hubieron de acordar la represión de los criminales.

¿Es de extrañar que se creyese merecían castigo tan fuerte los Unidos? y no podía decirse aquello más que en la forma en que se dijo: de cualquiera otra manera hubiera suscitado iras y persecuciones, mientras que dándolo por sucedido todos hubieron de bajar la cabeza ante el hecho.

ANDRÉS GIMÉNEZ SOLER.

Barcelona, 17 Junio 1895.

LA INDIFERENCIA RELIGIOSA

III

La indiferencia religiosa es funesta al individuo, introduce la anarquía en la inteligencia, causa el desorden en el corazón, debilita todas las reglas de la conducta, destruye los principios de la moral y coloca al hombre en el más ignominioso embrutecimiento. Aspirando siempre á ser feliz y no habiendo felicidad más que en el seno del orden, se encuentra siempre el individuo en una situación desesperada mientras su corazón no descansa á la sombra de las verdaderas creencias. Hé aqui al hombre que no cree más que lo que le place. O se formará una religión según el gusto de las pasiones, ó se olvidará de que hay un Dios y de que es preciso honrarle. En el primer caso ¡cuántas aberraciones! En el segundo, ¡qué horror! vivirá insensible aun respecto de lo que es inseparable de su ser y condición. No sabiendo lo que es, ni porqué es, ni lo que será; no creyendo nada, ni esperando nada, ni estando seguro de nada, todo debe ser para el objeto de crueles temores. Así no se puede vivir, porque la turbación, la incertidumbre y el espanto abruma á las ciegas criaturas; y á la vista de tantas víctimas podríamos decir como Bossuet: han querido ser más que los cristianos, y han conseguido ser menos que hombres. Nuevos Luzbeles que quieren usurpar el trono á Dios, caen de un golpe en lo más profundo del abismo, en donde habita un sempiterno horror que lleva á su lado á la muerte. Su vida es una agonía anticipada; todo le parece lúgubre; la fuente de los goces puros y racionales está seca, y acaba sus días como un verdadero desesperado.

La indiferencia religiosa destruye la sociedad, porque debilita las creencias y obscurece todas las verdades. ¿Qué sociedad puede haber en donde cada individuo se forja su religión y las reglas morales de su conducta? ¿Qué sociedad puede haber cuando los particulares no tienen de común entre sí más que las pasiones que los dividen? ¿Qué sociedad puede haber sin fé y sin virtudes? ¿Qué sociedad puede sostenerse, cuando los senti-

mientos nacionales se extinguen? Divididos los hombres en lo tocante á la religión, que es una verdadera necesidad del ser humano, irán dividiéndose progresivamente en órden á todas las demás cosas que entran en el comercio y la dirección de la vida pública y privada. Hasta las inclinaciones é instintos más generosos de la naturaleza llegarían a corromperse, si llegase á ser sancionado el individualismo soberano sobre que descansa el sistema de la indiferencia. Vemos, es verdad, vemos, en la historia religiosa y social de los pueblos antiguos, las más humillantes degradaciones y los más increíbles absurdos: vemos que se tributaban cultos hasta al inmundo escarabajo; pero aun en medio de tantos extravíos, nótese con mucho cuidado que, no obstante la multitud de dioses que recibían adoración, se conservaban en los pueblos algunas tradiciones religiosas que servían de fundamento á aquellas sociedades envilecidas. Había alguna conformidad entre los espíritus, siquiera fuesen diversos los objetos que se adoraban. Había un principio de unión á través de tantos errores que hacían que todo fuese Dios menos Dios mismo. Pero la indiferencia religiosa de este siglo, atendidos sus principios y el vuelo que ha tomado la razón, no deja en pie ninguna verdad, ninguna tradición, ni siquiera la historia; y lisongeándose todos los días con los adelantos y progresos de la civilización, hace que el mundo retroceda á la época la más ignominiosa de su infancia. Hé ahí á donde quieren llevar la sociedad los que han intentado disipar las creencias dejando al arbitrio del hombre el modo con que debe honrar á Dios, si es que se decidiese á honrarles. Cada individuo será su propia ley: ¿para qué servirá entonces el sacerdote? Cada uno se forjará sus deberes: ¿para qué servirá entonces el legislador? Cada cual se creará con derechos soberanos: ¿qué misión será entonces la de la autoridad?

La indiferencia religiosa hace injuria á Dios, pues supone que no elige ningún culto, y que aun eligiéndole no se ha dignado prescribirle. Es injuriosa á Dios, porque da por hecho que aprueba del mismo modo las más absurdas supersticiones y los crímenes más repugnantes de los pueblos idólatras que las virtudes heroicas de los pueblos fieles. Lo cual queda desvanecido con solo indicar que la misión divina de Moisés y de Jesucristo tuvo por objeto establecer en la tierra el culto digno de Dios. Luego no pudieron otros cultos serle agradables: luego no todas las religiones son igualmente verdaderas. ¿Qué necesidad había, en otro caso, de la revelación? Y sin embargo, la revelación es un hecho más claro que la luz del mediodía.

Ahora bien: hechas estas ligeras indicaciones sobre la indiferencia religiosa considerada como sistema, el ánimo experimenta una dulce sensación al considerar cuan felices pueden ser los pueblos católicos, en donde, gracias al cielo, no son admitidos

los errores de una falsa filosofía que todo quiere medirlo con el compás de la razón. Pero al mismo tiempo se experimentan las más dolorosas impresiones al solo temor de que no se mire con el debido interés el estado en que se halla la religión verdadera. Triunfando, sí, conquistando por todas partes las inteligencias y los corazones, sufre al propio tiempo los más rudos ataques, y no hay táctica que no empleen sus encarnizados enemigos para hacerla desaparecer. ¡Proyecto insensato! pero ¿deja por eso de ser un deber de todos los católicos tomar una parte activa en la lucha para frustrar los pensamientos de los impíos? ¿verán impasibles al hombre enemigo sembrar la zizaña en el campo de la Iglesia, sin concurrir á arrancar las malas yerbas que han germinado y que no dejan crecer la semilla de la buena doctrina? En tiempo de paz descansan los soldados en las ciudades populosas sin dejar de prepararse para cuando sea necesario hacer uso de las armas; pero en tiempo de guerra la ordenanza previene las más escrupulosas y acertadas disposiciones para evitar una sorpresa por parte del enemigo. No estamos para descansar, no. Los impíos no desisten de su intento, se transforman; hoy presentan la batalla por un lado; mañana se dejan ver en otro; cuando, se les ve acercarse; cuando, no nos apercibimos de su presencia hasta que estamos heridos, unas veces nos hacen la guerra, insultándonos: otras, nos tienden emboscadas con un lenguaje seductor. Alerta, católicos, inutilicemos sus armas, pongamos en evidencia sus proyectos, quitemos la máscara con que se cubren, y apoderándonos del terreno en donde hacen sus maniobras y evoluciones, hagamos ver que aun hay adoradores del Dios verdadero. No hay apatía que sea excusable. Si se tratase de ir como los antiguos cruzados á reconquistar un sepulcro á las remotas regiones del Asia, habría excusas legítimas y atendibles para no ir; pero, cuando desde el hogar doméstico se puede reconquistar el terreno que ha perdido la religión en algunos pueblos, ó contribuir á que se conserve pura entre tantas luchas, la indiferencia sería un crimen en los cristianos, y una monstruosa ingratitud en los españoles, tan celosos en todo tiempo por la defensa de la fe católica con la cual están identificadas las glorias de su historia y las esperanzas de su porvenir.

A. TORNERO DE MARTIRENA.

Junio, 1895.

LOS PARIAS DEL SIGLO XIX

Un hecho inconcuso, es la antipatía que todos los pueblos y todas las razas sienten por los judíos. Donde quiera que ponen

la planta los hijos de Israel, son objeto de hostilidad y de persecuciones.

Lo mismo en las naciones católicas que entre los perversos émulos de Calvino y de Lutero, entre los moros, árabes y turcos, que entre los indostánicos de las más diversas sectas, el judío es y ha sido siempre blanco del desprecio y del odio.

La razón de ello es clara y por demás sabida. La Sagrada Biblia contiene una divina condenación de esa malhadada raza, y como la palabra de Dios no ha de faltar, de ahí que los israelitas hayan vivido, vivan, y sigan viviendo sin que jamás puedan constituir pueblo y sin que el fuego del amor patrio enardezca los sentimientos de sus individuos.

Ahora bien: cierto es el hecho de que la sociedad repudia y vilipendia á la masa judía: mas si esto es cierto de toda certidumbre, no lo es menos, por desgracia, el resultado que por el estudio de la estadística se obtiene y del que se llega en conocimiento de la gran preponderancia que aisladamente va ejerciendo esta raza en los destinos de la mayoría de las naciones europeas.

Por todo el mundo diseminados andan 9.692,000 judíos, de los cuales tienen morada en Europa 8.482,000; en Asia 388,000; en Africa 550,000; en América 260,000; y en Oceanía 12,000. De los israelitas europeos 3.400,000 corresponden á Alemania; 2,552 á Rusia; 1.664,000 á Austria-Hungría; 180,000 á Francia; 104,000 á Turquía; 265,000 á Rumanía, 10,000 á Bulgaria y 7,000 á Suiza. En los demás países es escasísimo el número.

En la Turquía Asiática hay 195,000; en Persia 18,000; en la India 19,000; en la Rusia Asiática 46,000; en China 100,000 y en Asia Central 10,000.

El contingente africano se reparte del siguiente modo: 200,000 en Abisinio; 8,000 en Egipto; 6,000 en Marruecos; 5,000 en Tunez; 6,000 en Trípoli y el resto diseminados por sus distintas regiones.

Y de los 260,000 con que figura América, puede decirse que casi en su totalidad hallan asiento en los Estados Unidos, puesto que allí existen 230,000.

Como se observa en las anteriores notas el contingente europeo es el más numeroso y por ende el más temible.

Alemania, la patria de Henri-Heine, de Mosses Mendelsschon, de Rael van Euse, de Ferdinand Lassalle, allí donde fué concluido y escrito *Nathan le Sape*, y Spinoza tuvo larga nombradía, es el país cuya literatura debe más á los israelitas.

El profesorado de las Universidades de Austria, esto ejercido en una parte muy importante por judíos. Lo son casi todos los de la Universidad de Viena exceptuando los de la facultad de Teología. Sabido esto, no hay porque añadir que

lo son también los autores del texto, aun los de la primera enseñanza.

Israelita fué el profesor del desdichado príncipe Rodolfo, quién para poder desempeñar el cargo se fingió converso.

Y del comercio y de la industria austríacos puede decirse que son los verdaderos monopolizadores. En Saliztia, el comercio está enteramente entregado á ellos y el 80 por 100 de la propiedad territorial les pertenece. En Bohemia sucede algo parecido: baste decir que solo Rostchild ha adquirido en los últimos años más de *sesenta fincas rústicas*, de gran valor, pertenecientes á antiguas familias aristocráticas. El total de la propiedad territorial de Rostchild en la vasta monarquía austríaca es ocho veces mayor que la que poseen todos los miembros de la familia imperial.

No menores son los progresos que han hecho y siguen haciendo en Hungría. Allí el judío Ponker posee la mitad de las tierras de Nyitra, lo que hace que haya venido á ser el patrono de cincuenta y cuatro iglesias y parroquias.

En cuanto á la influencia que ejercen en Italia, baste decir que la mayor parte de los periódicos están dirigidos por ellos. *La Riforma* (órgano de Crispi) y *La Tribune* están dirigidos por judíos, además que en la redacción de este último periódico hay cinco individuos israelitas; *Il Diritto* tiene también dos redactores judíos; *La Italia* es propiedad de Obllgeght, banquero judío; *La Opinione* tenía por director al judío Dino y á su muerte le sucedió el diputado israelita Lorrats; *El Fanfulla* tiene dos judíos en su redacción; y lo son también los directores de las Agencias telegráficas *Reuter* y *Stefani*, señores Ager, Arbib y Friendiande.

Las cuatro quintas partes de la provincia de Pádua pertenece á judíos, además de que tienen fuertes hipotecas en la quinta parte restante.

En Francia había en 1791 sobre un millar de judíos, y merced á la famosa declaración de igualdad de derechos hoy pasan de 100,000. El capital francés oscila entre 150 y 200,000 millones de francos de los cuales cerca de 90,000 millones, ó sea próximamente la mitad, está en poder de los judíos.

Los oficios y profesiones más lucrativas como son banqueros, joyeros, anticuarios, comerciantes, etc., etc., son explotados entre nuestros vecinos por individuos de aquella raza en proporción de un 50 por 100.

Sólo los palacios que tiene en París la familia Rostchild representan un valor de 30 millones, pudiéndose calcular en otro tanto el del moviliario con que están adornados.

En Francia disponen de casi todos los periódicos republicanos, y la prensa pornográfica está explotada casi exclusivamente por ellos. Desde 1870, apenas ha habido un ministerio en

que no haya entrado este elemento. Lo son 20 representantes del país entre las dos Cámaras, es decir uno por cada 50,000 judíos de los que hay en la vecina república. Más de 40 prefectos, sub-prefectos y secretarios pertenecen á la comunión israelita, y los municipios están invadidos por ellos. Sólo así se explica el sistema inicuo de persecución que prevalece en algunas ciudades francesas contra las congregaciones religiosas y maestros católicos, aún palpando los resultados que les dá el laicismo en escuelas y hospitales.

Todos estos datos y otros que pudieran aportarse demuestran bien á las claras la gran influencia que esta raza de parias va adquiriendo en la sociedad actual.

Por fortuna para nosotros en España es casi nula aquélla, excepción hecha del poder financiero representado por los Rostchids, que parece nos amenaza, al enseñorearse de las ferro-carrileras, redes y de otras fuentes de riqueza que poseemos.

¿Cuál sería el medio de evadirnos de las garras del coloso metalista?

He aquí el punto de estudio reservado á nuestros grandes capitalistas y á los hombres de negocios con que contamos que se precian de buenos católicos.

JOSÉ BARÓN FORTACÍN

LAS DOS NIÑAS

A MI MEJOR AMIGO PEPE ANDREU

I

Era una noche placentera y pura
dulce velada del florido Mayo,
cuando van las estrellas tristemente
á descubrir amores ignorados;
cuando se besan las fragantes rosas
desde las puntas del flexible tallo,
y con trinos de lágrimas y besos
las aves se repiten sus halagos.
Noche de amor, en que una hermosa niña
lánguida como el beso de los astros,
morena cual la Virgen de Murillo
y dulce como del arpa el eco blando,
—Voy á cantar—se dijo, y abriendo el piano
colocó en el atril la partitura
de una queja de amor, de un himno largo
del amor maternal, que es el más santo;
y al deslizar con plácido abandono
sus dedos de marfil sobre el teclado

las cuerdas de metal se estremecieron
 con un gemido misterioso y vago,
 y un preludio divino, incomprensible
 harmónico, ardiente, inmaculado,
 precedió á un canto de ternuras lleno
 que el corazón oyó con arrebató.

II

Mientras tanto otra niña acurrucada
 del portal en el hueco,
 pide por Dios, una limosna corta
 para su padre el «pobrecito ciego».
 Ella es joven también, y aquellas quejas
 aumentan los latidos de su pecho,
 tumba de un alma de intenciones puras,
 y un corazón de fuego.
 Pero el destino cruel, no la permite
 que ella pudiera disfrutar de aquello....
 ¡Es tan pobre, que no tuvo en su vida
 un vestidito nuevó!

III

Las dulces notas de ternura llenas,
 hijas de sentimiento delicado,
 ya vagas cual las risas de los niños
 ya ricas de expresión, llenas de encanto
 que sin interrupción llevaba el viento
 á los oídos de la niña, hallaron
 tan dulcísimos ecos
 en aquel corazón tierno y sensible
 tan sólo acostumbrado al sufrimiento...
 que sus ojos hermosos se cerraban,
 y soñaba subir hasta los cielos...
 Pero no, ni ¡soñar ella podía!

IV

A los pocos momentos,
 suenan pasos, despierta... se extremece...
 á ella le da vergüenza le da miedo
 ejercer su misión triste y penosa...
 ¡hay algunos señores tan groseros!
 Pero aun no ha comido en todo el día...
 No debe vacilar... no hay más remedio...
 y al pasar el transeunte, tiende el brazo
 y á la dulce canción que sube al cielo.
 se une el tímido acento
 de la pobre mendiga
 que dice: Caballero:
 por el amor de Dios, una limosna
 para mi padre «el pobrecito ciego».

A. TORNERO DE MARTIRENA.

ESTUDIOS LITERARIOS

GÓNGORA

El crítico francés M. Aicard, en un estudio consagrado á investigar el origen y las causas del *langage précieux*, aquel estilo *cultidiabesco*, según él mismo le denomina (aceptando una calificación de nuestro Lope de Vega), que pusieron en boga los literatos del hotel de Rambouillet, en el París del siglo xvii, y que lograron desterrar los Corneille y el insigne Molière, emite una opinión que merece ser conocida, y es la siguiente:

«La imaginación no se contenta con imitar lo bueno, sino que aspira á crear, si puede, lo mejor, por ley incontrastable del progreso, por eterno anhelo hacia la perfectibilidad humana; y cuando el hombre de talento se encuentra en presencia de caminos trillados, de sendas perfectamente conocidas, en el vasto campo de las letras y las artes, suele apartarse á un lado para buscar atajos difíciles, quizá peligrosos, y lanzarse por ellos con arrogante paso hasta llegar al punto deseado: si le guía la inspiración, lega á la posteridad obras tan grandiosas como la *Divina Comedia* y la *Escuela de Atenas*; se le guía el capricho, el deseo de originalidad insensata, el mal gusto en una palabra, entonces sólo deja, por huella de su paso, alguna extravagancia; por ejemplo: el *langage précieux*».

Viene como de molde esta opinión de M. Aicard al periodo gloriosísimo de la historia literaria de nuestra patria, que comienza en Garcilaso de la Vega y D. Diego Hurtado de Mendoza, en el siglo xvi, y concluye con D. Francisco de Quevedo Villegas y D. Pedro Calderón de la Barca, en el último tercio del siglo xvii: florecieron entonces los más grandes ingenios de la nación, desde la seráfica autora del *Camino de la Perfección* y los *Conceptos del Amor Divino*, Santa Teresa de Jesús, hasta el príncipe de todos, Miguel de Cervantes Saavedra; y el hombre de talento (aplicando á mi propósito la opinión de M. Aicard) que se apartó á un lado de las sendas conocidas, para buscar atajos difíciles, y caminar por ellos con arrogante paso, fué D. Luis de Góngora y Argote, poeta cordobés.

*
*
*

Fácil es bosquejar sucinta biografía de este famoso vate: ampliamente han escrito de Góngora, entre los literatos antiguos, Pellicer y Tobar, Saavedra Fajardo, Cascales y otros, y entre los modernos, Ticknor, Amador de los Ríos, D. Adolfo de Castro, Alcántara, Rosell, Ramírez y de Las Casas Deza; y todos ellos me prestarán diversas noticias, muy curiosas algunas.

Descendía Góngora de dos ilustres familias andaluzas, y na

ció (según afirma su contemporáneo Pellicer, en *Lecciones solemnes*) el 11 de junio de 1561, precisamente un año antes que su enemigo, y constante blanco de sus mordaces sátiras, Fray Félix Lope de Vega; y en la calle de Marcial, el famoso epigramático hispano-romano, «y sin duda ninguna con mayor sal (dice el anónimo autor del *Panegírico por la Poesía*) y no menores nervios en las veras y agudezas en las burlas».

Un antiguo colaborador de *La Ilustración Española y Americana*, D. Luis María Ramírez y de Las Casas Deza, distinguido literato cordobés, ha dicho que «las casas que habitó D. Luis de Góngora y Argote son unas principales en la colación de S. Juan y Todos los Santos, situadas en la plazuela de la Trinidad, esquina de la calle de las Campanas».

No se crea que el apellido del padre de D. Luis era Góngora, y el de su madre Argote, sino al contrario: fué su padre D. Francisco de Argote, buen letrado, corregidor de Madrid en tiempo de Felipe II, y hombre de honor á carta cabal, según las referencias de su propio hijo, y fué su madre D.^{ña} Leonor de Góngora, de ilustre prosapia, y emparentada con aristocráticas familias; pero el joven poeta, que empezó bien pronto á dar muestras de su predilección á las palabras sonoras, cuando estudiaba Derecho en la Universidad Salmantina, á la edad de quince años, y comenzaba á escribir sus más ingenuas composiciones, sus mejores sonetos y romances, antepuso el apellido de Góngora al de Argote, por parecerle aquél más enfónico, ó tal vez más linajudo; pues muchas pretensiones nobiliarias debía de tener ya entonces el que, andando el tiempo, echó en cara á Lope de Vega la humildad de su familia, dedicándole sangrientos apóstrofes.

De su habilidad en la esgrima, y de su genio quisquilloso y pendenciero, da testimonio seguro un hecho que fué muy sonado, y que refieren sin detalles los modernos biógrafos de Góngora: parece que por cuestión de amores (aunque algún crítico pone esto en duda) surgió un lance de honor ante el discolo D. Luis y el caballero D. Rodrigo de Vargas; padrino de éste fué D. Pedro de Hocés, señor de Albaida, y fuélo de aquél su primo D. Pedro de Angulo, el cual pertenecía, según tengo entendido, á la noble familia de los Angulos, de Burgos, emparentada medio siglo antes con la cordobesa de Góngora; batiéronse á espada los desafiados y los padrinos, según costumbre de la época, y quedaron heridos el de Vargas y el de Angulo, saliendo completamente ileso el que promovió la pendencia, D. Luis de Góngora y Argote.

Pero no fué tan afortunado el ya famoso poeta cordobés en sus pretensiones de destino: salió de Salamanca, graduado de bachiller en Derecho canónico, en cuanto se echó tierra, y tal vez dinero, al lance del desafío, y presentóse en la corte del fundador del Escorial, hacia 1581, contando con las recomenda-

ciones y la influencia de antiguos amigos de su padre; y sólo después de once años de contrariedades y disgustos logró obtener un beneficio, ó ración, como entonces se decía, en la catedral de Córdoba, su patria, él, D. Luis de Góngora, «hombre de muchos nervios en las veras», según queda probado, que hubiera preferido, á no dudarlo, una plaza de alférez en los bizarros tercios que á la sazón peleaban delante de Maestrich, bajo la conducta del insigne Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.

Olvidado estuvo del mundo de la corte, en la catedral cordobesa, la fastuosa *aljama* de los Omniadas, hasta el año 1593: fué entonces nombrado obispo de la diócesis el que lo era de Salamanca, D. Jerónimo de Aguayo y Manrique, y el racionero Góngora, junto con el canónigo D. Alonso de Venegas, salió diputado por el Cabildo para prestar juramento de obediencia, en nombre de la corporación, al nuevo prelado; y hallándose con tan humilde objeto en Salamanca, teatro de sus alborotadas mocedades, cayó enfermo de tanta gravedad, víctima de unas fiebres malignas, que por muerto lo tuvieron sus amigos durante dos días, y larga y penosísima fué su convalecencia, y aun sufrida con no escasas privaciones.

Reinaba ya D. Felipe III, y era omnipotente su fastuoso ministro D. Francisco de Gómez y Sandoval, primer Duque de Lerma: contaba Góngora con la protección de este magnate, y contó después con la del malaventurado D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, y pudo alcanzar, no sin largas y enojosas pretensiones y treguas, una capellanía de honor en el Real Palacio; tuvo luego, reinando el *Gran Filipo*, según llamaban á Felipe IV sus aduladores cortesanos, el patrocinio, y aun la amistad, de D. Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares (por quien el Monarca hizo merced de hábito de Santiago á dos sobrinos del poeta), y fué nombrado para acompañar á la corte en el primer viaje de aquel soberano al antiguo reino de Aragón, en 1626; enfermó gravemente en Zaragoza, como afirman algunos historiadores, ó en Huesca, al decir de otros, y aunque la reina Doña Isabel de Borbón, primera mujer de Felipe IV, que profesaba noble afecto al ya anciano poeta (á la sazón tenía la edad de sesenta y cinco años), le envió los primeros médicos de su Real Cámara para «que le asistiesen con todo esmero, y como buen capellán que era de su palacio y capilla», D. Luis de Góngora sólo pudo salvar la vida, aunque por breve tiempo, á costa de sus facultades intelectuales: el infeliz perdió la memoria, y «quedó como alelado (dice un su contemporáneo), y en tal manera, que daba grima verle, cuanto más hablarle».

Apartóse entonces de la corte con tristísimos augurios, y encaminóse directamente, sin entrar en Madrid, á su país natal, Córdoba, donde falleció á los pocos meses, en la tarde del 23 de mayo de 1627, siendo sepultado honrosamente su cadáver en la

capilla de San Bartolomé, en la catedral, panteón de la ilustre familia de Góngora.

Era D. Luis de Góngora y Argote, como representa el excelente retrato de Velázquez, el gran pintor, y que existe en el Museo del Prado con el núm. 1,085, hombre de rostro moreno, enjuto, de angulosas facciones; sus ojos, pequeños, vivos, inquietos, reflejaban la agudeza, y también la malignidad de su espíritu; su expresión adusta, más que severa, no estaba formada por las líneas rugosas de la vejez, sino por el desdén y el desagrado, por los disgustos y las contrariedades de la vida.

A su dureza de carácter, que se aumentó con los años, debió Góngora su modesta posición en la corte, donde su talento y la influencia de los valiosos amigos de su familia le ofrecían destino más alto: siempre fué pobre; nunca logró vivir con desahogo; consérvanse cartas suyas en la Biblioteca Nacional, dirigidas á varios caballeros, en las que se lamenta de la escasez de sus recursos, y pide indirectamente algún dinero para atender á la necesidad más apremiante de la vida: la subsistencia.

Durísimas palabras ha dedicado el Sr. Rosell al autor de *Po-lifemo* y las *Soledades*, contemplando otra copia de ese retrato que nos legó el pincel de Velázquez, á petición del ilustre Francisco Pacheco, autor del *Arte de la Pintura* y suegro del gran artista.

«Si el semblante (dice el malogrado académico) es espejo del alma é indicio del carácter de las personas, confesemos que el retrato no excita grandes simpatías en favor del sujeto que representa. La aspereza del ceño, la severidad de la mirada y la rigidez de la boca denotan condición dura, genio adusto y desapacible, y cierta expresión de malquerencia y envidia, como de hombre que, descontento de sí, hace recaer su despecho en el crédito ó prendas de los demás. Así era D. Luis de Góngora: envidioso, maldiciente y calumniador....»

Durísimas, en verdad, son estas palabras, y no todos los críticos literarios han tratado así á D. Luis de Góngora y Argote, ni aun sus mismos enemigos.

* *

El *Culteranismo*, ó sea «el estilo de hablar culto afectadamente», según la definición moderna de la Real Academia Española, fué fundado en España, en el siglo de oro de nuestra literatura, por D. Luis de Góngora: así pudo escribir con razón el poetrasto coetáneo D. Félix de Arteaga, ó bien el P. Paravicino, aludiendo al autor de las *Soledades*:

«Hijo de Córdoba, grande,
Padre mayor de las Musas,
Por quien las voces de España
Se ven, de bárbaras, *cultas*»;

y así ha podido decir terminantemente el Sr. D. Adolfo de Castro, docto y discretísimo ordenador de la colección de *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII* (tomos XXXII y XLI de la *Biblioteca de Rivadeneyra*) que «Góngora fundó la secta de los llamados *cultos*»; secta que bautizó con aquel nombre, en sus primeros tiempos, el humanista Bartolomé Jiménez Patón, y que confirmó poco después con igual nombre, en los últimos versos de una octava, el Fénix de los Ingenios.

Pero surgió en el siglo último, aunque era ya llamado *gondorino* el «estilo de los que hablan culto afectadamente», magna cuestión de precisar con exactitud el origen verdadero del *culteranismo*.

Unos críticos, siguiendo la opinión del correcto hablista don Ignacio de Luzán, consideraron desde luego á D. Luis de Góngora como autor ó introductor de aquel estilo en nuestra patria, y cuando más, atribuían un pequeño tanto de culpa en el asunto al marqués italiano Virgilio Malvezzi (autor de varias relaciones históricas de sucesos memorables acaecidos en España), sin pararse á reflexionar que este último escribió su libro en 1630, más de tres años después de la muerte del autor del *Polifemo*; otros, quizá partidarios vergonzantes de Góngora, culparon á D. Diego Saavedra Fajardo, el concienzudo autor de *Empresas políticas y República literaria*, y al vate sevillano D. Juan de Jáuregui, el traductor del Tasso, con su ampulosa versión del poema la *Farsalia*, siendo así que uno y otro fueron también posteriores al poeta cordobés, en algunos años; opinión singular por lo extraña y equivocada, ya en el siglo corriente, fué la de D. Francisco Martínez Marina, autor de la *Teoría de las Cortes*, quien acusa de primeros *cultos*, en la centuria décimasexta, al P. Juan de Mariana, por el estilo campanudo de las artificiosas arengas y elocuciones que puso en boca de personajes históricos, y al mismo autor de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, por los vocablos castellano-latinos con que esmaltó ligeramente la florida prosa de su *Galatea* y los giros inversos y oscuros, «nunca hasta entonces usados», que empleó en su obra postrema, *Trabajos de Pérsiles y Segismunda*.

No hay para que citar otros críticos que evocan los nombres de Séneca y Lucano, fantaseando á su gusto por los dilatados espacios de la antigua literatura latina.

La singular opinión de Martínez Marina, rechazada en el acto por la crítica sensata, sin más que atenerse á la lógica inflexible de los hechos, fué causa y motivo de que ganara autoridad en breve tiempo otra opinión posterior, emitida á la vez por algunos hombres doctos: la que señalaba como introductor, no inventor, del culteranismo de España al joven y malogrado poeta D. Luis de Carrillo y Sotomayor.

Fué este poeta natural de Córdoba, como su tocayo D. Luis

de Góngora y Argote, y nació, según se cree, hacia el año 1582; era hijo de D. Fernando de Carrillo, hombre de mucha autoridad en la magistratura, y presidente del Consejo de Indias; hizole merced el rey D. Felipe III, prendado de sus nobilísimas dotes personales, del hábito de Santiago, confiriéndole la encomienda de Fuente del Maestre, y le nombró luego caballero cuatralvo de las galeras en España; falleció prematuramente en 1610, en su ciudad natal, á poco de haber cumplido la edad de veintisiete años.

Pero la opinión de los que han atribuido á Carrillo y Sotomayo la introducción del *cullenarismo* en la literatura patria, es rechazada con indestructibles argumentos por el erudito coleccionador de las poesías líricas de los siglos XVI y XVII, D. Adolfo de Castro.

Porque, si es cierto que las composiciones en verso y prosa, y muy estimables, del malogrado Carrillo fueron publicadas en Madrid, en 1613, y padieron leerlas é imitarlas los partidarios del estilo *culto*, que ya entonces eran muchos y notables, será preciso tener en cuenta que ocho años antes, en 1605, salió de las prensas de Luis Sánchez, en Valladolid, el libro titulado *Flores de poetas ilustres de España*, en cuyas páginas puede leer el curioso hasta treinta y seis composiciones líricas de Góngora, algunas de las cuales son verdadero modelo de alambicados conceptos, de giros tortuosos, de ridiculas trasposiciones, de *cullerianismo*.

Y aun se debe añadir que la censura y aprobación de ese libro data de 1603, y no es aventurado suponer que el ordenador ú ordenadores (pues parece que fueron varios) de *Flores de poetas ilustres* tuvieron en su poder los materiales desde algunos años antes; por manera que Góngora escribió las composiciones aludidas cuando el poeta Carrillo y Sotomayor no había llegado á la edad de cuatro lustros, y no pensaba de seguro en dar lecciones de estilo *culto* á quien ya era maestro en la jerga culterana.

Mejor será, en mi concepto, suponer lo contrario: que el joven é impresionable Carrillo, cordobés, como Góngora, estudiara é imitara el arte de «hablar culto afectadamente» en las poesías de su paisano, y tal vez su amigo.

El primer introductor del *cullerianismo*, no hay que dudarlo, fué Garcilaso de la Vega: basta leer cualquiera de sus *Canciones* y *Églogas* para halla vocablos tan nuevos y verdaderamente afectados como *rígida nieve*, *corusca*, *nudosa*, *árdua vía*, y otros muchos semejantes, y también incomprensibles trasposiciones, por lo violentas, cual la que se observa en este verso:

«Entre la humana puede y mortal gente.»

Imitó á Garcilaso el sevillano Herrera, el *divino* Herrera, el

inspirado y grandilocuente cantor de la batalla de Lepanto, que tiene frases como éstas: *creupas ondas, planta voladora, tiempo cano*, y otras; y catorce años antes que Góngora, quien copió mucho de Herrera, hasta versos enteros (tres menciona, de primera intención, el erudito literato D. Adolfo de Castro), había escrito el Dr. Agustín de Tejada Paez, en su canción *Á la Armada Invencible*, voces tan peregrinas y cultas como *argenta con espuma, salobre plata, gélido inglés, corusca llama*, etc.

Góngora, no sólo se propuso imitar á Garcilaso y á Herrera, según dice el tantas veces nombrado Sr. Castro, sino sobrepujarlos, vencerlos, eclipsarlos: no le faltaba talento, ni tampoco afanoso deseo, que tal era la condición principal de su carácter; faltóle, empero, el buen gusto, aquel buen gusto que se refleja en sus primeras composiciones poéticas, y que se maleó al principio, y luego se corrompió del todo en presencia de la cruda guerra que sostenían hacia muchos años los *conceptistas* y los *cultos*.

Por lo demás, no fué el *culteranismo* un vicio propio y exclusivo de la literatura española en los siglos XVI y XVII: ya hemos citado el *langage précieux* de los franceses, que desterraron los Corneilles y Molière; en Inglaterra, años antes del gran Shakespeare, se extendió inmensamente el *euphonismo*, inventado por Lilly y sostenido con mal éxito por Gibbert de Colwey; en Italia, aunque prescindamos del marqués Virgilio Malvezzi, hacia la época en que Góngora escribía en su *Polifemo*

«Oidos preste el mundo al verso culto»,

el gran poeta napolitano Juan Bautista Marini, amigo y discípulo del Tasso, protegido del cardenal Pietro Aldobrandini, y luego de la reina María de Médicis, publicaba su famoso poema heroico *Adónis*, tan detestable por su forma esencialmente *culterana*, como notabilísimo por su argumento, su acción, su vida.

*
* *

Horrible, implacable guerra de sátiras y crueles invectivas se hacían sañudamente los partidarios y los enemigos del *culteranismo*: al lado de Góngora estaba el Conde de Villamediana, don Juan de Tassis y Peralta, el de los *amores reales*, que había de morir tan desastrosamente en la calle Mayor, frente á los portales de Manguiteros, al anochecer del 21 de Agosto de 1622; el Dr. Cristóbal Suarez de Figueroa, autor de *Constante Amarilis*; el abad de Rute, Salas, Villar, Vázquez Ciruela, y otros ingenios; y al frente de los adversarios del poeta cordobés figuraba Lope de Vega, que se burló del culteranismo en no pocas letrillas y composiciones varias, como el conocido soneto que termina de este modo:

«—¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?»

—Y como que lo entiendo.—Mientes, Fabio;
Que soy yo quien lo digo, y no lo entiendo.»

Y antes que Lope había dicho el poeta antequerano Pedro de Espinosa, capellán del Duque de Medina Sidonia y rector que fué después del colegio de San Ildefonso, de Sanlúcar de Barrameda:

«Tú, mirón, que esto miras, no te espante
Si no lo entiendes; que aunque yo lo hice,
Así me ayude Dios, que no lo entiendo.»

Góngora, preciso es confesarlo, era el primero, el más osado, el más cruel y mordaz en aquella guerra de sátiras, de la cual hoy apenas se puede formar idea exacta.

Citaré, para muestra, dos composiciones inéditas, que se conservan originales en la Biblioteca Nacional.

En un soneto apostrofa á Lope y á sus secuaces de la siguiente manera:

«Patos del aguachirle castellana
Pisad graznando la corriente cana
Del patrio idioma.»

Véase ahora esta quintilla:

«Dícenme que hace Lopico
Contra mis versos adversos;
Pero si yo versifico,
Con el pico de mis versos
A ese Lopico, lo pico.»

También ha tenido Góngora acerbos enemigos entre los críticos extranjeros: un autor francés le llama «espíritu vano y fantástico, aturdido, licensioso, impotente para seguir las huellas de sus maestros», y añade que «se puso á silbarlos y á combatirlos á todo trance, atreviéndose á soñar que iba á destronar la verdadera grandeza y la verdad, á fuerza de extravagancia y proccidad indigna.»

Tan duras é injustas son estas palabras como las del académico Sr. Rosell, que dejamos copiadas.

Góngora, sin embargo, ha tenido entusiastas panegiristas.

El mismo Lope de Vega dice de él que «su ingenio es el más raro y peregrino que ha conocido en aquella provincia» (Córdoba); Saavedra Fajardo lo llama, en su *República literaria*, «requiebro de las Musas y corifeo de las Gracias»; el sabio historiador Cascales le denomina «ingenio divino», y «cisne que más bien ha cantado en nuestras riberas»; D. José Pellicer y Tobar, su contemporáneo y comentarista, le saluda como á príncipe de los ingenios españoles, comparable á Pindaro de los griegos; el docto y recto P. Ferrer de Valcubro, en su *Templo de la Fama*, le

coloca al lado del autor de *Jerusalén libertada*, el inmortal Torcuato Tasso, y dice que «si igualaran á los versos los asuntos, había de tener mejor lugar que Homero».

Copiaré íntegro el juicio crítico de Góngora que ha escrito el Sr. Castro en el tomo XXXII de la *Biblioteca de Autores Españoles*, edición Rivadeneyra:

«Góngora, en mi opinión, ha sido muy mal juzgado por los críticos. Tenía más vehemencia y estilo poético que Fernando de Herrera, si bien era menos erudito.

»Indudablemente es el primero de los poetas españoles; ninguno, cuando Góngora va por el camino del buen gusto, le aventaja en genio; ninguno, aun en las obras en que parece abandonado, tiene rasgos más sublimes y más brillante color poético. En el *Polifemo* y las *Soledades*, poemas que han sido execrados, más por el nombre y el odio antiguo que por la lectura juiciosa y desapasionada, se hallan pasajes que honrarían á los poetas más famosos de cualquiera de los siglos de cualquiera de las naciones.»

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

FILOSOFÍA RELIGIOSA

DE LA PERFECTIBILIDAD SEGÚN EL CATOLICISMO

¿Qué son estos tiempos en que vivimos, ora los consideremos en sus caracteres propios, ora en sus relaciones con la marcha general de humanidad?

El abismo abierto por esa revolución, que ha hecho bambolear todas las antiguas instituciones, y estremecerse la tierra hasta en sus cimientos, ¿es por dicha la tumba en que ha de sepultarse, y en cuyos bordes vemos reluchar en vano contra la muerte con espantosas agonias y lúgubres gemidos la aspirante humanidad?

No: aunque las revoluciones sociales lleven consigo tan honda tristeza, tal decaimiento de la vida, que parece presagia el fin del universo, nosotros no le creemos tan cercano: hemos consultado á oráculos que no yerran, y no hemos oído respuestas de muerte.

Mas si la época presente no es la agonía de la humanidad, ¿qué es ella, pues? ¿Acaso una vida nueva, un progreso, una renovación de toda cosa?

Aquí se levantan dos voces, la de la religión y la de la filosofía. Ahora para no tropezar con legítimos recelos descartemos primero los vanos sistemas de los filósofos, y escucharemos en seguida las sublimes lecciones del cristianismo.

Comencemos, pues, declarando resueltamente, que todas esas teorías sobre la indefinida perfectibilidad de la especie humana, esos sueños de esperanza, con que una filosofía materialista se anda en nuestros días adormeciendo los dolores de la humanidad á quien ha descarriado lejos de su camino, en medio de ruinas, de sangre y tinieblas, solo excitan en nosotros indignación y desprecio. No es por cierto una filosofía cuya mano sacrilega rompe la cadena que liga los destinos de la humanidad á los consejos de una providencia soberana, á quien toca descubrir el velo de lo futuro. *¿Qué soy yo? ¿de dónde vengo? ¿á dónde voy?* Para los pueblos, así como para los individuos en quienes ha dejado de oírse la voz de la religión, no hay respuesta alguna á estas cuestiones. *¿Cómo la filosofía las resolviera?* Retroceda á los pasados tiempos, pregunte una tras otra á todas las grandes ruinas, que señalan la marcha de la humanidad al través de las edades; lo pasado estará mudo para ella, y no la descifrá el enigma de la humanidad. Porque si en el fondo de la noche de los siglos no descubris un poder, una sabiduría infinita, en quien se halla el principio del linaje humano, y cuyas manos han formado, y despliegan el nudo de nuestros destinos, ¿no veis que no hay lazo ya que una las generaciones y los pueblos; que su marcha queda abandonada al acaso, y por tanto esas leyes generales que buscáis, y que suponen la unidad primitiva, y el desfogimiento regular de la humanidad, pueden no ser más que una quimera?

«El género humano marcha, decís; su vida es el progreso.» ¿Cómo podéis asegurarlo, vosotros, que nunca habéis subido al primer principio de la vida del género humano, que no os habéis nunca informado de quién hizo al hombre ni qué idea tuvo al criarle? ¿Quién os ha dicho que los muchos siglos que ha atravesado no han consumido los elementos de existencia que le habían venido, no sabéis de dónde; que su inteligencia, que os representáis como un sol, ayer en su aurora, hoy en su medio día, no debe mañana declinar y apagarse? No hay soluciones posibles á estos problemas. Filósofos ciegos y sin ceso, comprended, pues, que desde el punto que quitáis la revelación, que apartáis esa antorcha que alumbra al mundo presente con las luces del venidero, todo el orden moral no es más que una noche, en medio de la cual el hombre y la humanidad cruzan como dolientes é inquietos fantasmas, que se vuelven hacia vosotros y os preguntan, y no sabéis decirles el secreto de su existencia.

Pero si el progreso no es más que una voz sin sentido en boca de la filosofía, esa palabra, que hace latir no obstante en nuestras almas no se qué nobles é instintivas esperanzas, veamos si la religión nos la explicará.

Desde la altura á do la fe levanta nuestro pensamiento, volvemos la vista atrás, y atravesando el curso de las revoluciones

y los siglos, subimos al origen del mundo y del hombre: ¿qué encontramos? A Dios, y fuera de Dios, sólo el silencio y la nada. Dios dijo, y al imperio de su palabra, el mundo y el hombre, centro del mundo, se escapan del seno del Ser infinito. Mirad á ese Rey de la creación en medio de los milagros de su naciente imperio, llevando el título de su soberanía y de sus inefables destinos escrito en su frente, en el reflejo de la imagen inmortal del Criador.

De todos los seres criados, el hombre, hecho sólo á semejanza de Dios, capaz de entrar con él en admirable sociedad de inteligencia y amor, posee sólo en las relaciones que á su Hacedor le unen el principio de una progresiva é indefinida perfección. El hombre participa de la vida de Dios, porque la vida del hombre, así como la de Dios, es la inteligencia, y una inteligencia criada para desenvolverse sin término por su unión con la inteligencia infinita. La vida del hombre, así como la de Dios, es el amor, y un amor destinado á crecer sin fin en el seno del amor infinito. En suma, el hombre es una imagen creada del Ser increado, que en el tiempo y en la eternidad debe tender hacia su tipo, sin poder jamás darle alcance. Ved cómo desde las primeras palabras de la maravillosa historia, que la religión nos cuenta, nos explica ella esa ley del progreso, que era para la filosofía un enigma impenetrable.

Pero la religión nos revela al mismo tiempo las condiciones de esa ley.

El principio de la vida progresiva del hombre no está en el hombre, sino en Dios solamente; la raza humana, hija inmortal de la divinidad, está destinada á desenvolverse, á crecer en el seno de su madre, del cual no puede desprenderse sin morir.

En efecto, apenas el hombre aspirando á constituirse centro de su amor y de sus pensamientos se separa de Dios, esta criatura, que veríamos poco há elevándose en los siglos de los siglos por caminos de vida y de luz hacia las inaccesibles alturas del Ser infinito, vedla precipitada en la muerte y las tinieblas, condenada á rodar durante la eternidad hacia la nada, si la inefable misericordia del Verbo eterno no le hubiera recogido en su caída; si la humildad de Dios hecho hombre no hubiese anulado la cadena de nuestro inmortal destino, rota por el orgullo del hombre, que había querido hacerse Dios.

Aquí se nos presentan dos grandes hechos que resumen toda la historia de la humanidad, la degradación del género humano en Adán, y su regeneración en Jesucristo.

Contemplad el estado del mundo en el momento en que se cumple el misterio de la redención. ¿Qué veis? Apenas algunos rayos de la revelación antigua en medio de la noche, que envuelve el orden moral; los pueblos más cultos prosternados ante la piedra y el leño, ó no alzando su cabeza sino para blasfemar

contra la existencia de Dios; fluctuando entre la idolatría, baldón del entendimiento humano, y el ateísmo, que es su muerte; el hombre encerrado en su razón bajo la esclavitud de la duda y el error; en su conciencia bajo la coyunda de todos los vicios; en el cuerpo social todos los principios de la vida agonizando; la libertad espirando en horribles orgias; el poder no siendo ya sino la brutal dominación de la fuerza, y destrozos inauditos, espantosas revoluciones, el mundo vacilante, á punto de caer y perecer en la sangre y el cieno. ¿Es esto bastante para que entendamos lo que vienen á ser el hombre y la sociedad separados de Dios?

Mirad ahora esos doce hombres que, llevando en sus manos el signo del hombre Dios, y su palabra en sus labios, avanzan hacia ese mundo que se disuelve: hé ahí la obra de la regeneración que comienza.

Ahora bien; parécenos que comprenden muy mal esta obra maravillosa los que, no mirando más que un lado de la misión del hombre Dios, no ven sino las consecuencias del cristianismo en el destino inmortal del hombre, y no quieren descubrir su influencia en los temporales destinos de la humanidad. No para los individuos solamente, sino para los pueblos también, fué el Evangelio una buena nueva, la palabra de salud. A unos y otros se dijo de parte del Salvador: *sed perfectos, como mi Padre celestial es perfecto*; y á causa del íntimo lazo que lo une todo en el mundo, era imposible que la humanidad no fuera regenerada al mismo tiempo que el hombre; que el cristianismo, deponiendo en los individuos el principio de una perfección cuyo modelo es un Dios, no depositase á la par en la sociedad el germen de un progreso cuyo término está en el cielo.

Más ¿por qué detenernos á probar lo que á tan á voz en grito testifica la historia? ¿No veis á la Iglesia en el momento en que, como una Reina, comienza á levantar sobre los escombros del paganismo su frente, en que aun resplandecen las cicatrices que atestiguan sus combates y triunfos, extendiendo la mano sobre el sepulcro del antiguo mundo, y diciendo á ese cadáver que exhalaba el hedor de una corrupción de cuatro mil años, como Jesús á un muerto de cuatro días: levántate y anda? Y la humanidad se levantó, y sacudiendo los recuerdos de los siglos paganos, como un polvo de muerte, rompiendo poco á poco las formas de la esclavitud antigua que la apretaban como cintas fúnebres, marchó: guiada por la Iglesia, nutrida de su palabra, penetrada más y más por su espíritu, avanzó con no sé que divina majestad por espacio de quince siglos en los caminos del orden, de la libertad y de la civilización.

(Se concluirá)
